

Tomo XIV.

Memoria 4.^a

LA ESCUELA DE PÁRVULOS

POR

AMPARO CEBRIÁN Y F. VILLEGAS

Directora de una escuela de párvulos en Madrid.

LA CASA DE LA ESCUELA

El jardín.

En nuestro clima, donde casi siempre puede hacerse la vida al aire libre, me parece lo más necesario el jardín. Un jardín, y bien poco más es, en último extremo, lo imprescindible para instalar una escuela. En todas las que he tenido ocasión de visitar, hay uno ó dos patios con plantas adosadas á las paredes, y algún árbol; pero jardín verdadero con macizos de flores, espacio amplio para cultivar plantas, terreno para jugar libremente, no lo he visto en parte alguna dentro de la ciudad. En la rue des Eburons, en Bruselas, hay en la escuela de párvulos un jardinito que, si fuera mayor, se parecería á lo que deseamos.

La superficie del jardín ha de ser tan grande como se pueda, y todo el lujo de la escuela podría reducirse á que el jardín fuese muy espacioso. No basta tener terreno para jugar y correr; es necesario, además, que en aquel espacio se reúna el mayor número posible de elementos activos para la educación de los niños. El patio es una cosa muerta é ingrata, tan ingrata y tan muerta como las clases á que sirve de complemento. Necesitamos que los niños de las ciudades sientan el contacto con la Naturaleza, que conozcan y respeten las plantas, que trabajen la tierra al aire y al sol, que vean la evolución maravillosa de una semilla, y que distinguan en el vivir y morir de las hojas la primavera y el invierno. Porque estos niños de los barrios pobres, que pasan su vida en la calle, no suelen tener otra representación de cosa natural que la del «solar». Viven muchas veces en las afueras de la población, pero nada hay más triste ni más anti-

artístico que los alrededores miserables de muchas ciudades grandes.

Ya que no podamos llevarlos al campo de verdad, démosles por lo menos el jardín apacible, bello, y que convide á la actividad de los niños. Si en un extremo de este jardín pudiésemos tener algunos animales fáciles de cuidar, museo vivo para nuestros pequeños, aumentaríamos sin esfuerzo sus intuiciones: un perro, gallinas, patos, palomas, una tortuga, algunos peces, y gusanos de seda en la primavera. Entonces podremos decir que los niños pasarán allí las mejores horas de su vida, y que poseemos una riqueza de material inagotable.

La escuela tradicional, encerrada en la sala de clase, se veía forzada á traer de una manera costosa y artificial las cosas ó las imágenes que quería enseñar. La escuela instalada en un jardín, al aire libre, tiene á todas horas y de una manera viva cuanto puede interesar á los niños. Claro es que para que éstos permanezcan al aire, aunque llueva ó haga un calor excesivo, serán necesarios toldos y cobertizos donde guarecerse.

El edificio.

Todo lo que se refiere al emplazamiento, construcción, ventilación, iluminación y demás aspectos higiénicos del edificio está ya particularmente estudiado en trabajos especiales, sin que sea preciso que aquí nos detengamos en ello. Suponemos, pues, que la escuela reúne las condiciones necesarias para vivir bien dentro de sus muros.

Sólo hemos de advertir ahora un peligro, temible siempre que se trata de construcciones escolares: Se debe huir del tipo de arquitectura oficial; primero porque carece de gracia y alegría, después porque es muy caro. El gran edificio pesado y solemne daña por igual al buen gusto y á la buena administración. Tengamos escuelas sencillas, claras, simpáticas y muy baratas. Convenzámonos de que para trabajar bien en una escuela no se necesita un edificio grandioso y amazotado que haya costado mi-

llones de reales. Lo mejor sería que las distintas dependencias se hallasen aisladas en modestos pabellones.

No es más bella la escuela por ser lujosa, sino que casi siempre ese lujo de pacotilla está lejos no sólo de la estética, sino de la discreción arquitectónica. Y lo que necesitamos son escuelas estéticas, porque el arte es indispensable, como fundamental elemento educador.

Por su exterior, la escuela no debe decirnos más sino que es una casa limpia, modesta y agradable. Dentro de ella, en el vestíbulo, en las salas de trabajo ó de juego, en el comedor, en todas partes, necesitamos gracia y sencillez, arte, en una palabra.

¿Cómo conseguirlo? Esta preocupación ha creado muchas Sociedades que se interesan por el arte en la escuela. Ejemplo de ello la de París, las de Amberes, Lovaina, etc. Visité en París las escuelas decoradas por iniciativa de aquella primera asociación en las calles de Monceaux y Ville l'Evêque. Tienen ambas un *préau* con alegorías de las estaciones, y adornan las clases frisos que reproducen paisajes de Francia. A pesar de la buena intención, contrastan esas discretas pinturas con las tradicionales mesas y los negros delantales de los muchachos: la misma tarima, idénticos encerados, la misma sequedad que en todas partes.

Esa no es la solución al problema. De tal modo sólo los Ayuntamientos ricos podrían tener sus escuelas con unas pinturas, casi siempre medianas, en las paredes, mientras el conjunto de la vida escolar seguiría tan falto de belleza como hasta ahora. El mal no se remedia sino con el buen gusto del maestro, y así más se hace por el arte en la escuela afinando el alma de los maestros que gastando el dinero en decorado, muchas veces discutible. Que el maestro visite Museos, haga excursiones, lea los grandes autores, escuche buena música, y el arte vendrá. Arte grande, fuerte, distinción y armonía, que se notará en todas las manifestaciones de la vida escolar.

Vuelvo á insistir. Costará mucho la formación del maestro, pero cuando ésto se haya conseguido, no faltará, á poco coste,

el arte en la escuela. La sobriedad grande en colores y adornos, el medio tono claro del conjunto y la nota viva de las ramas ó de las flores; en la pared alguna buena fotografía de las obras maestras, alguna reproducción en yeso, pocas y escogidas, y luego mucha luz y mucho aire.

Una cosa hay que tener presente al elegir las reproducciones artísticas, que podrían variarse de vez en cuando. Generalmente se escogen buscando escenas candorosas, tiernas, donde no falten lindos niños. Hay en esto un desconocimiento de los gustos infantiles. Mas también sería afectación y falta de armonía escoger tan sólo obras de determinada tendencia con miras estrechamente pedagógicas: elijamos, pues, como para personas formadas, ya que todo género de arte con etiqueta, «para niños», «para la mujer» ó «para la escuela» acostumbra á ser limitado y pobre: todo el arte para todos.

Vestíbulo.—Un amplio local donde las personas que acompañen á los niños puedan esperar cómodamente. En este local, nada de anuncios ni avisos administrativos que le den un aire de oficina. El decorado análogo al de las salas de trabajo.

Salas de trabajo.—Deben ser tantas como grupos de niños haya en la escuela. Todas tendrán salida directa al jardín. Luz y aire con toda abundancia. El mobiliario consistirá en varias mesas largas, alrededor de las cuales pueden agruparse libremente los niños. Sillas ligeras que ellos mismos transporten al jardín cuando haga falta. Un estante ó armario bajo y largo para dejar cajas, papeles, lapiceros, juguetes, estampas. Las paredes de un solo color: alguna reproducción artística y plantas. La sala ha de tener el aspecto de una habitación donde varios niños juegan y trabajan. Pero ha de estar en orden perfecto y con una limpieza exquisita. Alejar del pensamiento de todos la idea de que aquello es una clase.

Sala de juego.—Cuando la inclemencia del tiempo no permita el juego al aire libre, los niños jugarán en un salón, ampliamente iluminado y ventilado, con piso que no levante polvo. Algún banco con respaldo, como de jardín. El piano ó el armonium en

un lado. Esta sala se utilizará también para proyecciones. Cuando el local sea escaso, el vestíbulo puede servir también de sala de juego, como sucede frecuentemente en los Jardines de niños de Bruselas.

Cuarto de baño.—Siguiendo en importancia al jardín, está el cuarto de baño. En los grandes grupos escolares franceses y belgas hay duchas templadas y aun piscinas de natación: los que toman duchas y nadan son muchachos ya crecidos; pero en ninguna escuela de párvulos he visto una instalación análoga. Y, sin embargo, los pequeños necesitan aún más que los mayores el baño, por lo mismo que ellos solos no pueden lavarse bien. Habrá por lo menos dos baños, con agua fría y caliente, jabón y toallas. Para este servicio es necesario el auxilio de personas mayores y el cuidado directo de la maestra. La habitación no debe estar fría: que la hora del baño sea esperada con gusto y no como una molestia. Si no fuese posible instalar baños, tengamos al menos algún baño plano (*tub*) y agua en abundancia. El baño de esponja con agua tibia es tan útil para la limpieza como el de inmersión, y exige mucha menos agua.

Comedor.—Alejada de las salas de trabajo, para que no moleste con humo ni olor, estará la cocina, y próximo á ésta el comedor. Debe procurarse que sea alegre; las mesas de unas diez plazas cada una; sillas ligeras, plantas y flores; á ser posible, la habitación tendrá vistas y salida directa al jardín.

Guardarropa.—El peligro de un contagio por medio de las ropas hace que el vestuario deba instalarse en el jardín, en pequeños cobertizos defendidos con persianas de madera que dejen libre paso al aire, y donde las perchas se hallen colocadas de modo que las prendas no se toquen unas á otras.

Habrá en el jardín lavabos y retretes aislados unos de otros. Alguno también dentro del edificio, de preferencia cerca del cuarto de baño.

LA VIDA EN LA ESCUELA

Los niños.

Para comprender claramente cuáles son los problemas que en la escuela han de plantearse, debemos hacer notar cómo son los niños á quienes tenemos que educar. Sin comentarios que pudiesen parecer exagerados, pero con el sentimiento doloroso del que cada día tiene ocasión de comprobar un mal casi irremediable, hemos de decir que el 30 por 100 de los pequeños que asisten á nuestras clases son verdaderos mendigos. Sus padres, y muchas veces sus madres, trabajan. Pero los jornales cortos ó intermitentes y el gran número de hijos colocan á estas familias en una situación económica lamentable. Por eso los niños de las escuelas en estos barrios extremos y pobres de Madrid llevan la ropa sucia y rota; el calzado, que se cae de los pies, casi nunca es del tamaño que necesitaría el niño; la cara y las manos mal lavadas, las cabezas mal peinadas y quizás sin haber sido nunca total y cuidadosamente bañados. Y es triste que no pueda pedirse mayor aseo y esmero á una pobre madre que hace prodigios para poder darles de comer cada día, que habita una vivienda miserable sin aire y sin luz, que trabaja muchas horas fuera de su casa, y que, además, para colmo de desgracias, no tiene cultura que la ayude en su tarea sobrehumana.

¿Qué hacer? Sólo hay un remedio: proporcionar al niño, por lo menos durante algunas horas, una casa higiénica, alegre y estética, donde le atiendan, cuiden y dirijan mujeres que tengan ternura, inteligencia y preparación adecuada.

Dudo que esta cuestión, planteada en términos tan angustiosos, se presente en los países que he visitado. En París, en barrios pobres, rue de l'Arbalette, rue de Grenelle, la Villette, etc.,

he visto niños mal cuidados, pero nunca tan rotos y miserables como los que frecuentan mi escuela. La directora de la Escuela Maternal de Saint André des Arts me dijo que entre todos los niños que tenía matriculados había muy pocos, seis ú ocho, que necesitasen socorros de ropas: Muy pocos son también los que almuerzan gratuitamente en las cantinas, mientras que en el grupo escolar de Vallehermoso, donde comen gratuitamente sesenta párvulos, hay cada día nuevos solicitantes, y, como fuese posible admitirlos á todos, muy pronto se duplicaría el número de los favorecidos.

En Bruselas he vistado también las escuelas de barrios obreros (rue de la Clé, Saint Ghislain, Notre Dame de Grâce, etc.); los niños están más limpios y mejor cuidados que en París. Poquísimos necesitan socorros de ropas, y, según las profesoras, el hambre, la miseria aguda, constituyen un caso raro. Así se comprende mejor que ese baño, para mí de primera necesidad, primer material educador que reclamo, no se considera como indispensable en esas escuelas. Bien vendría allí también una habitación de limpieza, junto á la sala de clase; pero aquí hace falta antes que la sala de trabajo y antes que toda otra cosa.

Comprendo la dificultad de atender á tantas necesidades y el enorme esfuerzo que para ello se requiere. Pasa en esto como en muchas cosas nuestras: que los problemas se complican y enredan unos con otros; porque, por ejemplo, en el que nos ocupa, no sólo hay una cuestión de cultura, sino también de subsistencias; *no sólo hay ignorancia, sino miseria. Por eso no tratamos en las presentes notas de una escuela maternal, de un Jardín de la Infancia propiamente dicho, sino de una casa hospitalaria que sea garantía de educación y de vida para niños expuestos á todos los males y peligros.*

Afortunadamente, no tendrían que ser así todas las escuelas de Madrid ni todas las de España. Pensemos de un modo optimista que nos encontramos frente á una excepción, y tratemos de que esa excepción desaparezca.

Y si estos pequeños viven en casas desagradables; si pasan su

vida en el arroyo; si todo su ambiente es tan poco educador, hay que advertir también que no corresponden al tipo normal de los alumnos de otros países. El orden de las escuelas belgas con asistencia de cincuenta niños por término medio en cada clase, á los que no se castiga, no sería posible con la misma asistencia en una escuela de los Cuatro Caminos, Vallehermoso ó el Puente de Segovia. Así, si son excepción para otras cosas, también en este punto han de ser tratados de una manera excepcional. Como en un país infestado por una epidemia se redoblan los cuidados higiénicos, cultivemos también de un modo intenso estos barrios que padecen de incultura radical. Clases de veinticinco ó treinta alumnos, como máximum, con una profesora: ese es el límite á que podemos llegar.

Para lograrlos, ¡qué obstáculos económicos y qué rémora de prejuicios! Pero lo único eficaz para dar un aspecto urbano á esos barrios y un alma ciudadana á esos niños, es rodear la capital de un cinturón de escuelas tan perfectas como sea factible. En este sentido están pensadas estas notas. Mucho será irrealizable ahora; mucho podría realizarse con los medios económicos actuales, y sólo con algún cambio en la orientación de las personas que se ocupan de estas cuestiones.

El baño.

Las primeras horas de la mañana inmediatamente después de la entrada en la escuela, deben consagrarse á la limpieza. ¡Cuántas manos necesitarán lavarse! ¡Cuántas cabezas tendrán que ser puestas en orden! Muchas veces hay pequeñas lesiones á las que también es preciso atender: un dedo malo, una herida. Y casi siempre habrá de desinfectarse, cambiar gasas ó algodones. En su familia pocas veces hay tiempo y maña para practicarlos con acierto.

En Bruselas y en algunas poblaciones francesas, una enfermera enviada por el Municipio, pasa cada día un largo rato curando á los pequeños que necesitan cuidados médicos de poca impor-

tancia. Los enfermitos desfilan por el lugar donde se instala la enfermera. Varias veces he visto las curas y me ha admirado el cariño y la habilidad de estas mujeres que tanto bien hacen en las escuelas de párvulos.

Estas tareas, delicadamente efectuadas, llevan mucho tiempo; pero es necesario convencerse de que lo primero y más esencial de la escuela es la higiene. Por eso las maestras deben atender con esmero á todos los detalles, y aunque tengan personas que las ayuden, han de vigilar cuidadosamente y con insistencia, que nunca será bastante, el aseo personal de cada niño. En los lavabos, en el cuarto de baño es necesaria la presencia de las maestras para que intervengan en lo que se hace, poniéndose á la obra muchas veces, y en todo caso demostrando que aquello es del mayor interés y debe atenderse como cosa que sobre todas importa. Lo malo es no disponer de agua y baños suficientes para lavar cada día á todos los niños. Pero esperando que eso se realice, bañémosles siquiera una vez por semana.

Supongamos que asisten á cada clase 30 niños; y que hay cuatro clases en la escuela; resulta una asistencia de 120, en conjunto: han de bañarse diariamente 20, para que al fin de la semana todos hayan recibido un baño de aseo. Para esto es preciso que, habiendo dos baños y dos personas encargadas de este cuidado, cada una bañe en una mañana 10 niños. A quince minutos por término medio para cada baño (con jabón, agua templada, fricciones á la salida y el tiempo de vestir al niño, que casi nunca sabe ponerse la ropa), resultan para los 10 niños unas dos horas y media. Como cada uno sólo se separa de los otros durante cosa de veinte minutos, no hay alteración en el orden de la escuela, y todos pueden hacer su vida ordinaria, mientras unos pocos van á tener la alegría de sentir lo que es un buen baño templado y experimentar el gusto que da tener el cuerpo limpio y la piel porosa y fina.

El ideal sería cambiarles de ropa después del baño, y en los casos extremos convendrá hacerlo así para que éste no resulte inútil. La beneficencia, que tan generosamente prodiga dinero,

del cual no todo se aprovecha, haría un gran bien creando un ropero en cada escuela. Parte del presupuesto escolar, y lo que aportase la obra benéfica social, darían vida á esta institución, que es indispensable en los barrios pobres.

Algo podría remediarse hablando á las madres de los niños, explicándoles las ventajas de la limpieza, enseñándoles baño, agua y cuarto. Y si se logra que por su parte no haya hostilidad, conseguiremos que el niño traiga la ropa limpia en un paquete el día en que haya de bañarse. Puede advertírsele con tiempo cada vez, y aún será mejor fijarle para todo el año un día en la semana. Muchas madres atenderán la petición de la maestra, y los muchachos quedarán limpios de cuerpo y ropa. En otros casos no habrá más remedio que suplir la falta de esta última. El ingenio y el desinterés de los que puedan favorecer á la escuela, harán la buena obra.

En la de la rue Veronèse, de Bruselas, tuve ocasión de ver un ropero escolar; ropa confeccionada por las niñas de las clases superiores y donativos de una Junta municipal. Ya es mucho disponer en la propia escuela de una gran cantidad de vestidos y ropa blanca; pero entregados sólo una vez al año, poco remedian. Hace falta en todo tiempo dar un delantal cuando otro está inservible; poner un par de botas sólidas y cómodas en unos pobres pies calzados de alpargatas empapadas en agua durante el rigor del invierno; tirar aquellas ropas indefinibles que no pueden lavarse, resto de mil miserias y milagro de paciencia en la pobre madre que quiere abrigar á su pequeño con unos harapos.

Muchas veces he tenido ocasión de ver cosas bien tristes. Es frecuente que falte un niño durante varios días á clase. Al volver, le pregunto: «¿Por qué no has venido estos días?» «Porque no tenía botas ó vestido, y hemos esperado á que mi madre lo pudiese comprar...» Y la prenda flamante nos hace comprender la verdad de la explicación. Creo que estas cosas deben contarse, porque hay que ponerles remedio para que no vuelvan á suceder.

Agua, jabón y ropa limpia, es lo primero que debe dar la escuela al que no lo tiene en su casa.

El aire libre.

Los niños limpios y dispuestos á trabajar deben, á menos que el tiempo crudísimo ó la lluvia torrencial lo impidan, salir al aire libre. Trabajar en pleno jardín, gozar de un aire sano y puro, correr, jugar; en una palabra, vivir el mayor tiempo posible fuera de techado.

¿Quién duda que las escuelas de otros países, si el frío y la lluvia no las encerrasen entre paredes, se instalarían en el jardín? En nuestro país, el cielo hermoso muchas veces en el rigor del invierno, las pocas lluvias y el espléndido otoño, convidan á vivir al aire. Porque el único medio de luchar con las malas condiciones higiénicas de las casas pobres en las grandes ciudades es el permanecer en el campo largas horas, y cuando en el campo no sea posible, en un jardín.

No basta que el niño viva en una habitación clara y bien ventilada. Es preciso acostumbrarle á los cambios de temperatura. Las colonias escolares, institución que nunca favoreceremos lo bastante, no pueden hacer ésto más que por poco tiempo, y luego, muy pronto, el resultado obtenido se pierde desgraciadamente á veces por no continuar un régimen de vida al aire con ejercicios y juegos que mantengan el organismo fuerte y vigoroso. La escuela al aire libre, ó, por lo menos, la escuela al aire libre tanto tiempo como sea posible, es garantía de salud y sus resultados completarían los de las colonias de vacaciones.

Comprendiéndolo así la Universidad Popular del N. E. en Bruselas, ya que no puede inaugurar una escuela en el campo, lo que sería costoso durante el curso, realiza en el verano la obra de vacaciones al aire libre. El Dr. Querton dirige con entusiasmo esta institución. Su objeto es librar del tedio del estío y del peligro para la salud al niño de las escuelas de Bruselas. En la ciudad, en casas poco ventiladas, respira un aire viciado, y sin el estímulo de la escuela y la distracción del trabajo, el niño se aburre, languidece y desmejora. Las colonias no pueden ser tan-

tas que se ocupen de todos los niños, ni pueden durar tanto como sería de desear para la persistencia de sus efectos. Para remediar estos males, en los alrededores de Bruselas, en sitio de fácil comunicación, pero bastante alejado del núcleo ciudadano, se ha establecido la obra que tiene su campo de juego en la llanura de Lemarinel. Utiliza un terreno cedido temporalmente por un rico propietario á la Universidad Popular, la que á su vez recibe una gratificación de la municipalidad de Bruselas, con la que se resarce de los fondos invertidos en acondicionar el campo de juego. Hay en él tennis, foot-ball, «pas de geants», montones de arena limpia para los pequeños, algunos cobertizos, una construcción donde se guardan sombreros y sombrillas, cajas de las meriendas, y en la que hay una instalación de duchas. Además, plantas sembradas bordeando las tapias, y cabras y conejos que comen la hierba en el campo del tennis.

No faltan, pues, elementos para jugar ó para distraerse trabajando algo en jardinería; todo tosco y pobre, pero lleno de vida y de interés. Allí pasan los niños desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde; almuerzan lo que de sus casas traen, y unas veces jugando activamente, otras hablando con los profesores y cuidando lo que hay allí que arreglar (pues siempre los muchachos ejecutan los pequeños trabajos que reclama aquello para estar bien tenido), están los niños que lo desean, por una cantidad pequeñísima, al aire y atendidos durante los meses del verano. A la tarde se ponen en marcha por grupos con los profesores; los mayores cuidan de los pequeños, y como una familia grande vuelven todos á sus casas, donde descansarán del ejercicio del día.

Esta iniciativa del Dr. Querton resulta muy interesante, primero por el gran entusiasmo con que es realizada y los buenos resultados obtenidos en el verano de 1910, y, además, doblemente ejemplar para nosotros por estar hecha con muy poco coste. El derroche grande es sólo de energía y de abnegación.

Y dejando aparte las enormes ventajas higiénicas del aire libre, ¡hay tantas razones pedagógicas para desear que la escuela salga de las salas de trabajo y se instale en el jardín y en el campo!

Sin este elemento me parece imposible educar á los niños: es necesaria la comunicación con la Naturaleza; esta riqueza de vida que entra en el alma de los pequeños.

He leído con atención los programas de las escuelas belgas y francesas, he visto funcionar sus clases, y, á pesar del grande esfuerzo de inspectoras y maestras, á pesar de la obra enorme que las instituciones belgas representan, á pesar del cuidado é interés que sin reserva alguna admiro, creo ver en todas partes una falsa ruta, una mala interpretación de las ideas fröbelianas, un alejarse de lo natural y las intuiciones fuertes y directas para sustituirlas por cosas artificiosas y endebles.

Los juegos, los trabajos, la enseñanza entera, se resienten del mismo mal. Y á lo que puedo entender, nace en parte este artificiosismo y esta pobreza de realización, de querer encerrar la vida entera entre cuatro paredes. Por eso el orden se vuelve mecanismo, los juegos se hacen ñoños, sin espontaneidad ni alegría, todo se reglamenta excesivamente, y la libre manifestación del carácter no se encuentra nunca. No se puede correr, no se puede jugar: la sala de clase no basta para dar trabajo real y verdadero á los niños.

Pero, en cambio, y como reverso de estos daños, hay algo que en las escuelas belgas ha adquirido un hermoso desarrollo: la música. Este auxiliar poderoso del orden, arte que encaja bien dentro de un salón, que amansa y pacifica el grupo revoltoso de niños, está atendido con verdadero amor. El piano se oye siempre en las escuelas fröbelianas. Los pequeños danzan primorosamente, juegan de un modo encantador acompañados por el piano y cantan con gusto canciones muy lindas. Lo que se ha perdido en frescura y espontaneidad, se ha ganado en ritmo y medida. Pero creo que pudieran conservarse los dos elementos.

Juego y trabajo.

Sin entrar en lo hondo de la cuestión de qué es el juego para los niños, hemos de notar solamente una cosa: el juego es acción desbordante y sin fin de utilidad; el niño juega por el placer de

la acción espontánea y creadora. En cada juego y en cada juguete estima sobre todo aquello que reclama un gran esfuerzo de imaginación, y en cierto modo crea hasta el propio juguete. Como un artista, saca de la materia su obra de arte: un palo se convierte en caballo, un paquete de trapos en muñeca. Y avanzando más, desea un material sin forma, para crear algo con aquello: el barro, el lápiz, las piedras, los pedazos de madera ó de papel, los restos de todas clases que, ante la actividad inagotable del niño, sirven para formar todo un mundo. Pero poco á poco, pasa á desear vagamente hacer cosas útiles, quiere emplear su acción en algo que sirva, y así va gradualmente de la acción por la acción (juego, arte), á la acción con un fin útil (trabajo).

La idea frœbeliana es, pues, el punto de partida para la educación de la primera infancia; pero tomando lo exterior y puramente accidental por el germen vivo y esencial, las escuelas llamadas frœbelianas se alejan cada vez más del espíritu de su fundador.

Los dones de Frœbel han venido á ser un mecanismo y una rutina más en la escuela. A pesar de las palabras de Frœbel en la *Educación del hombre*, en que parece prever el peligro de su sistema, no se reacciona vivamente en este sentido. — «Mas por perfecto que sea el modelo de educación anteriormente reconocido y aceptado, no debe seguirse este ideal sino en su esencia y en sus aspiraciones; jamás en la forma bajo la cual puede haberse presentado á los maestros. Cuando no se evita este último escollo, obtiéndose el alejamiento del ideal que debíá guiar al hombre para elevar y ennoblecer la humanidad. Que sólo el ideal intelectual sirva de guía, y que la elección de sus manifestaciones, el modo exterior, la forma de educación, sea dejada á la inteligencia del maestro.» (Frœbel: *Educación del hombre*. Introducción.)

En realidad, los niños se aburren casi tanto en una lección del cubo y la esfera, como en una clase abstracta de Geometría. Tan tedioso es repetir monótonamente un modelo inexpressivo de dibujo, como escribir una plana de palotes. Alguna mayor realidad é interés hay en lo que se hace ahora; pero, de todos modos, ¡qué lejos del ideal!

La elección del trabajo manual deja también mucho que desear. Alguna vez oí contar que los presos en Siberia condenados á trabajos forzados abrían largas y profundas zanjas que, una vez terminadas, se volvían á llenar de tierra. Esta bárbara inutilidad del esfuerzo me apenó entonces y compadecí á los que trabajaban sin trabajar. Pues algo así siento ahora cuando presencio los trabajos escolares. Esos tejidos que no sirven para nada, esas complicadas arquitecturas de papeles, cartones y alambres, todo aquello que ni es hermoso, ni es útil, ni vale como juguete, que se termina por el niño sin que sepa lo que hará con ello, constituye también un esfuerzo dolorosamente perdido.

Idéntica equivocación en las lecciones de cosas. Las cosas mismas han de enseñar y no una violenta y forzada explicación en momento inoportuno y sin la poderosa intuición de algo real, y vivó. Así no es extraño que si hay patio en la escuela, vengan un día á podar los árboles ó á sembrar una planta: los niños se arremolinarán instintivamente para ver lo que hace el jardinero, y entonces, por miedo al desorden, serán llevados á clase; lo que no impedirá que, pasados unos días, en la sala de trabajo, con una ramita y unas tijeras, se parodie secamente aquello mismo que los pequeños pudieron ver en la realidad. Las lecciones de cosas son bien distintas de lo que debieran ser. Recuerdan aquella fúnebre pedagogía de los *Días penosos*, de Dickens.

Así, realidades antes que todo: juegos que sean juegos, trabajo de verdad y observación de todas las cosas en una vida que se parezca á la vida real de una familia. Ya decía Pestalozzi que la acción que separa la escuela de la vida es más cruel que la cuchilla que separa la cabeza del tronco en el condenado á muerte. (*Cómo enseña Gertrudis á sus hijos. 1.ª carta.*)

Por eso aprovechemos el afán de trabajo de los niños para ayudar al arreglo de su casa, que durante muchas horas es la escuela. Atendiendo á la edad y aficiones de cada uno, démosles diariamente una ocupación útil para que sientan la satisfacción de servir para algo. Tengamos unos que preparen los juguetes, otros que pongan sobre las mesas los lapiceros y papeles, otros

mayores que den las toallas y jabón para el baño; que los más primorosos cambien el agua en los jarros de flores ó humedezcan la arcilla de modelar, y que los pequeñitos incapaces de otra cosa recojan las piedras en el jardín, quiten las hojas secas, ó bien separen juguetes que se hayan confundido.

Hagámosles comprender desde el primer momento que aquélla es su casa, que aquélla es su muñeca, que la silla es para él y que todo ha de estar limpio y ordenado. Porque los niños toman la escuela como algo que no es de nadie, y con el poco amor consiguiente tiene la clase un aspecto de oficina ó de fonda; pero nunca de casa. Encaucemos, pues, su afán de trabajar, arreglando *nuestra* sala, recogiendo papeles que se cayeron, quitando manchas que afean *nuestra* casa. Parece increíble la buena voluntad que pone un pequeñito de cinco años en estas tareas. Y es de notar que los incorregibles, los difíciles de manejar, están orgullosos cuando hacen un encargo con éxito y vuelven triunfantes de algo que parecía muy difícil. Que hagan lo que en su casa, con la diferencia de que aquí no harán nada penoso ni desagradable, ni sobre todo, superior á sus fuerzas.

El trabajo serio de la mañana será la jardinería. Verdadera jardinería de muchachos, dirigidos por las maestras, que en esto, como en todo, han de comprender que los pequeños no llegarán á la perfección. El jardín que cultiven no será bonito; pero ellos, cavando, regando y sembrando sabrán más botánica que todo lo que puedan aprender en años de clase sin ver plantas vivas y además suyas.

No olvidemos tampoco que hay algunos animales que cuidar. Esta será la lección de cosas por excelencia: esas gallinas y esos eternos corderitos desdichados que salen en estampas en todas las escuelas, con su inevitable moraleja, aquí vivirán á la vista de los niños, enseñándoles de veras y sin esfuerzo. Si los tipos están bien elegidos, con las plantas, los pocos animales que haya en el jardín y algunas piedras manejadas y conocidas de los pequeños, tendremos casi toda la Historia Natural y la Agricultura, la Física y la Química y casi todo el universo que puede caber en

una cabeza de seis años. Sin más aclaración que la que el niño pida; sin lección—¡por Dios!—cuando el niño está todo entregado al placer de hacer algo.

Esta idea del trabajo útil fué el primer sueño de Pestalozzi, y constituye uno de los principios fundamentales de Frœbel. Y esto, después de todo, junto con la vida al aire libre, es el eje de las escuelas inglesas de Bedales, etc., y otras análogas extendidas por todo el mundo, donde cada uno ha de valerse á sí propio. La edad de los pequeños con quienes hemos de trabajar hace necesaria la dirección muy inmediata, pero de un tacto exquisito en cada caso.

Aparte de este trabajo del jardín y del arreglo de la casa, conviene buscar alguna otra ocupación para aquellas horas de la tarde en que los niños, dispuestos á la paz y á la actividad, necesiten un rato de relativa quietud. En sus gustos y aficiones espontáneas encontraremos la base del trabajo.

Siempre es atractivo para ellos ver estampas, encontrarse delante de un montón de cromos ó de tarjetas postales. Proportionémosles este recreo con abundancia. Los periódicos ilustrados, las tarjetas, los libros con grabados, no especialmente escolares, sino de todas clases, con tacto y alguna selección, por supuesto, servirán para ello. Que los niños los vean, los hojeen y los comenten. Si les regalamos algunos dándoles á escoger los que más les gusten, para que los puedan recortar, serán felices, y los periódicos ilustrados, los figurines y anuncios se convertirán en seguida en muñecos que guarden cuidadosamente los muchachos. Si les hablamos de lo bien que estarán pegados en papeles grandes para hacer un libro, así que tengan á su alcance hojas y goma, los pegarán para formar su álbum. Y entonces se pueden agrupar los asuntos con cierta relación, y cada cuaderno así formado será el libro de estampas más querido por el niño. Además, es fácil montar en cartón las figuritas recortadas, con una peana de barro ó madera, y tendremos soldados, aldeanos, señores, rebaños, muebles, etc., para animar las construcciones y poblar las montañas de arena.

Estos juguetes, fabricados por los mismos niños, más queridos por esta razón, tendrán además la ventaja de ser extraordinariamente baratos y fáciles de reproducir en casa durante las vacaciones. Los collares y adornos de abalorios, los muñecos de trapo, las casas de cartón, las flores de papel, alternando con el plegado, que les divierte de verdad, servirán para adiestrar los sentidos y dar ligereza y habilidad á la mano. Pero conviene que todas estas cosas sean como las que se hacen en casa, y no se conviertan en tristes trabajos escolares, esclavos de la Geometría, y pensados para poner en acción un libro de texto, que rara vez atraen é interesan á los alumnos.

Y si han trabajado los pequeños, justo es que jueguen, con juguetes ó sin ellos. Los chiquitines necesitan, por lo común, el auxilio de una cosa, de un objeto; los mayores son capaces de crear todo el juego con su sola acción. Para el juego con juguetes, preferimos siempre los más sencillos, como pelotas, aros, cuerdas, bolos, bolitas pequeñas, carros, cubos... Debe siempre permitirse el juego libre; y le llamo libre, aunque juegue la maestra, pero que juegue de verdad, como un niño, y no por el afán de los juegos organizados artificiosamente, mate la espontaneidad, convirtiéndolos muchas veces en una aburrida comedia.

Modelado, dibujo y construcción.

Después del tiempo consagrado por la mañana al cuidado del jardín, cosa que requiere cierta actividad y esfuerzo, viene la natural reacción, el deseo de tranquilidad, que puede aprovecharse para el modelado, el dibujo ó la construcción, en lo que se pasará con gusto una media hora.

Los primeros momentos de esta ocupación son para los pequeños los juegos con arena, los dibujos con piedrecitas, semillas, palitos ó conchas. Las combinaciones que con ellos pueden hacerse constituyen el principio del dibujo, y los moldes de arena, las montañas y túneles, los principios de la construcción y del modelado. Debo advertir que me parece muy útil, siguiendo

siempre el verdadero espíritu fröbeliano, cambiar el material costoso y muerto por cosas fáciles de adquirir y que no sean exóticas para el niño. Economía y sencillez hemos de buscar siempre.

Los trozos de madera de formas más variadas y en mayor número, serán el material de las construcciones para los niños más adelantados, quienes además podrán disponer de arena, ramas y lo que sea necesario para que aquéllos puedan reproducir toda la vida que ve el niño.

Inmediatamente que sea capaz de ello, manejará la arcilla y el lápiz, empezando como cosa más sencilla por el modelado, que, contra lo que parece á primera vista, es más fácil que el dibujo. Se reproducirán en lo posible objetos del natural, pero objetos que sirvan de juguetes ó que tengan gran interés para los niños. Si es posible, y ellos lo desean, se empleará la pintura, pero sólo con los colores fundamentales.

El dibujo vendrá en un grado superior al modelado: el proyectar la realidad sobre un plano, es ejercicio que, aun en sus más toscas manifestaciones, presupone ya un cierto desarrollo psíquico. Para facilitar el trabajo, y á fin de que al esfuerzo de reproducir un objeto no se junte también el de conocerlo y hacer su inventario mental, daremos como modelos las propias construcciones, las figuras modeladas ó alguna de las cosas bien conocidas y vistas por los niños. Aun así, los dibujos serán al principio horribles; pero esto no ha de preocuparnos demasiado, porque de aquello, bien dirigido, saldrá á su tiempo el verdadero dibujo.

En las clases de niños tan pequeños, no nos olvidemos de consagrar mucho tiempo al dibujo libre. Las escuelas fröbelianas de Bruselas han adoptado exclusivamente esta clase de dibujo, que proporciona datos de gran valor para la psicología del niño. Dejándole unas veces en absoluta libertad, dándole otras un asunto que ha de ilustrar, va llenando los grandes encerados que rodean la clase, de las escenas que más impresionan su alma, mostrándonos sus grandes centros de interés, lo mismo que las lagunas que hay en sus imágenes. Como para nosotros este conocimiento de lo que ven los niños y de lo que ve cada niño, nos

sirve de base para nuestro trabajo, concedemos una especial importancia al dibujo libre. Además, no nos proporciona datos psicológicos generales, sino que nos muestra igualmente la aptitud particular que dentro de la técnica del dibujo pueda tener cada niño. Habrá quien se interese por el movimiento, quien sienta lo decorativo, quien muestre preferencia por determinados asuntos. Conocido esto, cuando se haga el dibujo del natural ha de tenerse presente lo que el niño libremente reprodujo, para corregir sus defectos y desarrollar sus aptitudes.

Finalmente, no debe olvidarse que el dibujo, el modelado y la construcción son la natural base psicológica, y, por lo tanto, pedagógica, para el aprendizaje del cálculo y de la Geometría.

La *forma* y el *número*, que con la *palabra* constituye la base de toda educación para Pestalozzi, han de estudiarse directamente, observando y analizando las formas naturales y las producidas en el modelado, el dibujo y la construcción. La medida, la comparación de magnitudes, el contar los elementos que integran una unidad superior, tomada siempre de la realidad, podrían acaso sustituir con ventaja á los análisis y descomposiciones de los sólidos geométricos en el método de Fröbel para el estudio intuitivo del cálculo y la Geometría.

En las escuelas maternas de Bruselas he observado la constante preocupación de dar mayor vida é interés á los métodos fröbelianos. Se da gran variedad á las construcciones, que dejan de ser esquemáticas y adquieren mucha animación y atractivo para los niños, mediante los llamados accesorios, figuritas de cartón, etc.

En todo se aspira á salvar el espíritu de Fröbel, aún sacrificando muchas veces la letra.

Canto y música.

Por la tarde, después de haber tomado en la cantina una comida sana, sencilla y abundante, deben los pequeños pasar un rato en el jardín. Al juego tranquilo durante algunos minutos,

ha de seguir algo que, sin ser trabajo, discipline á los niños y los disponga plácidamente á pasar el resto de la tarde. Los ejercicios han de ir decreciendo en intensidad y duración á medida que el día avanza.

Nada mejor para estos momentos de paz que la música. Desgraciadamente, nuestras escuelas de párvulos no tienen la alegría de un piano, de un armonium, ni la más modesta de un coro bien organizado. Los números y la tabla es lo más ameno que cantan en muchas, y donde se canta otra cosa se prefieren generalmente las llamadas canciones escolares, negación muchas veces de toda poesía, de toda gracia y de todo arte. Y como en ellas letra y música no dicen nada á los pequeños, nunca veréis que por la calle ó cuando juegan canten, para divertirse, las canciones de la escuela. Aquella música les aburre, no gustan de repetirla más que en clase, como uno de los misteriosos ritos escolares. De ello resulta que el niño, casi sin querer, por la fuerza del medio y la escasa lucha de la escuela contra él, acaba encanallándose con la música de los teatros por horas, que pervierte su alma y su gusto estético.

En las escuelas francesas predomina una música no siempre verdaderamente artística, pero muy superior á nuestra *música pedagógica*. En una escuela de la rue Saint André des Arts, he oído varias veces un coro afinadísimo de niños de seis años, á dos voces y con variado repertorio, que cantaba con delicadeza sin acompañarse de ningún instrumento. He asistido á otras muchas clases de canto en Francia y Bélgica, pero ninguna me ha parecido tan bien como la de esta escuela, donde todo se debe al esfuerzo de una sola maestra aficionada á la música. En Bélgica, donde hay casi siempre piano en las escuelas de párvulos, puede darse más variedad á la música, que unas veces es mera audición, otras baile, otras juegos con ritmo ó coros, acompañados frecuentemente con gestos y movimientos (*chants mimés*). La base de su repertorio es Dalcroze; á lo que hay que añadir muchas veces verdaderos *pot-pourris* de canciones infantiles. Y, á decir verdad, estos son los más graciosos y lindos.

Para llegar á la facilidad de esos pequeños franceses y belgas, á aquella maravillosa precisión de ritmo, al gentil movimiento de todos los niños, es necesario que los nuestros oigan mucha música. Ya durante el juego, ya á la entrada, un día mientras trabajan en el jardín, otro día cuando en la sala de trabajo dibujan ó recortan, deben oír melodías fáciles, marchas alegres en el piano ó escuchar una canción cantada por su maestra.

Mucho tiempo me ha preocupado el repertorio que habría de elegir en la escuela de párvulos: había ensayado con gran interés en otras escuelas donde he prestado servicios, y saqué en consecuencia que los pequeños pueden llegar á cantar mejor que lo que se creería en niños de tan poca edad; pero que era difícilísimo encontrar canciones que de veras les interesasen.

Sin entender todavía lo que podría hacer cantar en mi escuela, formé parte de una Colonia escolar de vacaciones, donde me afirmé en la idea de que podría conseguirse tener un coro discreto y agradable de oír, sólo con poner en ello mucho interés. También tuve ocasión de comprobar que la música popular, los aires regionales, era lo que tenía mejor éxito.

Y para confirmarme en esta opinión y dar el preferente lugar á esta clase de música, he podido observar un hecho que no deja lugar á dudas. Ha ocurrido en el Grupo escolar de Vallehermoso, al que asisten más de 700 niños, y donde ahora tengo mi clase. Al poco tiempo de comenzar el curso, un día durante la hora del recreo de las niñas de las clases elementales, oí cantar en el patio una canción leonesa que yo conocía muy bien y que me parecía milagroso que hubiese llegado á los desmontes de Vallehermoso. Seguí escuchando y oí otra canción de la misma procedencia. Estaba asombrada, porque no la cantaba una niña sola, sino un grupo numeroso. A los pocos días, en el recreo que precede á la hora de la cantina, volví á oír aquellas canciones y otras parecidas, y lo que más me extrañó fué que los pequeños de mi clase también las cantasen. En cuanto los volví á tener conmigo aquella misma tarde, empecé yo á cantar todas aquellas

tonadas y los pequeños las siguieron con entusiasmo y con seguridad. Les pregunté dónde las habían aprendido, y me dijeron que en el patio. De pregunta en pregunta vine á saber que todas aquellas canciones provenían de la Colonia de San Vicente de la Barquera, á la que habían ido algunos niños del Grupo. De modo que bastaron cuatro ó cinco pequeños diseminados por aquellas clases y mezclados en el patio con varios centenares de compañeros, para que todos espontáneamente cantasen en pocos días muchas canciones asturianas, gallegas y leonesas.

Entonces sentí toda la vitalidad y la fuerza de expansión de esos cantos, que tienen la raíz en el alma misma del pueblo. Los niños son pueblo; y las palabras y la música llegaban á ellos con gran rapidez y con toda la emoción de un arte primitivo que conserva toda su frescura. Porque á pesar de la falta de adecuación al medio en que los niños de Madrid se mueven, á pesar de que palabras y música responden á inspiraciones tan distintas de las que pueden sentir los niños ciudadanos, la honda fuerza popular, y sobre todo la vitalidad inextinguible del verdadero arte, hacen que los niños en el patio de una escuela madrileña, repitan alegremente las canciones que canta al volver de sus trabajos la gente de los campos.

Ante este triunfo de la música popular, no dudo en poner en primer lugar en la escuela las canciones asturianas, montañesas gallegas, leonesas, castellanas. Mayores obstáculos se encontrarán en las vascas y catalanas, por la dificultad del idioma y porque el ritmo en las vascongadas no es fácil para los pequeños.

No olvidemos, además, que nuestra escuela ama el aire libre, y los cantos populares nunca están mejor ni llegan á mayor intensidad que á pleno aire. Los pequeños cantarán tonadas en el jardín, unas veces á voces solas, otras con el armonium, siempre que el acompañamiento no destruya en cierto modo el estilo propio de cada canción.

En esta hora dedicada á la música, para evitar la monotonía haremos también aprender algún aire fácil de los grandes maestros y canciones infantiles. Asimismo, en esta ocasión, puede

ejecutarse algún juego con música, como los que se hacen en las escuelas de Bruselas. El ritmo y la organización durante corto tiempo y algunos días solamente, despertará en los pequeños un sentido de disciplina y colaboración que hace mucha falta en nuestra vida. Las pelotas, los aros y la cuerda dan lugar á combinaciones muy graciosas. Alguna canción con gestos, pocas, que rompa algo la tosquedad varonil y la gravedad envarada de nuestros muchachos del pueblo (que no siempre quieren, por considerarlo, según dicen, cosa de niñas, tomar parte en esos ejercicios), servirá mucho en este mismo sentido. También será útil algún rato de baile. Todo ello para dar variedad, pero concediendo siempre más importancia á los cantos populares bien elegidos.

Conversaciones, cuentos y poesías.

Por la mañana, en los últimos minutos de clase, y por la tarde en los momentos que preceden á la salida, durante un cuarto de hora, se ofrece la ocasión más favorable para charlar con los pequeños y para contarles cosas bellas y maravillosas.

Siempre con la base de las estampas individuales ó de un cuadro mural, hagamos hablar á los pequeños y enseñémosles á observar. Las preguntas hechas aisladamente á propósito de las cosas representadas, y luego la explicación total del asunto del cuadro que puede hacer un niño ó la maestra, servirán para nuestro objeto. Cuadros que ofrezcan una base para la Historia: palacios, iglesias, guerreros, hombres con otros trajes; todo ello insistemático, porque para niños la Historia no pasa de representaciones aisladas de cosas que con el tiempo vendrán á ordenarse en una serie. Los relatos bíblicos tienen un atractivo extraordinario: describénosenos allí admirables ejemplos de hombres adultos, pero de hombres primitivos, y los niños aman esa sencillez y esa poderosa evocación de una psicología que cabe en sus cabezas. El *Antiguo Testamento* está lleno de pasajes hermosos, y veremos á nuestros pequeños encantados con José, llenos de entusiasmo con la bella historia de David el pastor y Go-

liat el gigante, y celebrando con explosiones de entusiasmo las hazañas prodigiosas de Sansón.

Al lado de ésto que podemos llamar la Historia, hay todo lo que despierta representaciones de espacio. La tierra, los montes, los mares, los ríos, los ventisqueros. Estampas de paisajes en los que, por lo menos en el relato, hemos de hacer vivir hombres y animales para que interese á los niños. El paisaje sólo no dice nada á un pequeño. El mar ó el campo, cuando son representados por los niños, no tienen nunca más valor que el de un escenario: lo interesante para ellos es lo que pasa allí, y por eso pintan hombres, animales, trenes ó barcos. Hasta el cielo rara vez está representado sencillamente, y casi siempre tiene nubes, pájaros ó con más frecuencia el sol ó la luna, que animan y pueblan el espacio.

Unamos así en nuestras conversaciones paisajes y escenas vivientes. La montaña interesa cuando se habla del pastor que conduce á las ovejas, de los lobos que bajan al valle, de los viajeros que cruzan las cumbres entre los ventisqueros. El mar ha de tener barcos que lo surquen, pescadores que arrostran los peligros de la pesca, escollos, costas, faros y puertos. Y así en todo.

Queda además otro grupo de asuntos que interesa á todos los niños, y al que rara vez se concede bastante importancia en las escuelas. Me refiero á los clásicos cuentos, con sus hadas, sus viejas del bosque, sus princesas encantadas, dragones y valerosos caballeros. Cuentos en todas sus manifestaciones, pero siempre cuentos, que hablen á la imaginación. Lo maravilloso ha de tener su lugar en la escuela, porque el cuento encierra para el niño el resumen de todo el arte, extendido para nosotros al teatro, la novela, la poesía, etc. El cuento bien contado es una cosa insustituible. Y cuando el narrador llega á emocionar á los pequeños, no importa que sepan el cuento de memoria, porque les gusta oírlo muchas veces y repetirlo casi con las mismas palabras.

Frœbel en la *Educación del hombre* da á los cuentos, á la na-

rración, toda la importancia que tienen, y á pesar de eso en las escuelas fröbelianas no he oído un solo cuento. Las historietas morales que quieren ser realistas, la buena Juanita, Pedrito el obediente, no son comúnmente más que tonterías que los pequeños oyen con aburrimiento mezclado de ironía. Hay que colocar el cuento en el lugar que le corresponde donde viven tantos niños. Los relatos orientales, los de Andersen, Grimm y toda la riqueza popular, escogida con esmero, han de tener su rato consagrado en la escuela de párvulos. Interesante es en este orden la institución de los narradores de cuentos en algunas Bibliotecas infantiles de los Estados Unidos. A esto debe unirse la narración de aventuras de viajeros y navegantes y los tipos de las grandes creaciones artísticas que pueden interesar á los niños. Muchos episodios de D. Quijote y Sancho entretienen á los de cinco años; el Robinsón, contado en pocos minutos, divierte á los de seis. Lo mismo sucede con la *Iliada* y la *Odisea* y con algunas obras de Shakespeare.

A ser posible, las narraciones deben hacerse con el auxilio de láminas y, si factible fuese, con el de proyecciones. Cuando la tarde termina, en esos días lluviosos de otoño ó de invierno, la gran sala de juego donde las proyecciones van ilustrando los episodios de un cuento, ofrece verdadero encanto para los niños. En Bruselas he podido ver funcionar un aparato proyector en una escuela de párvulos, y los pequeños, á pesar de tratarse de cosas ya conocidas por ellos, sentían una emoción que les tenía silenciosos y atentos.

Como recuerdo de las emociones estéticas que las láminas y cuentos dejan en su alma y para satisfacción de ese instinto de ritmo y cadencia, confiemos también á la memoria de los niños algún trozo poético fácil de ser comprendido. Los viejos romances castellanos gustan siempre á los muchachos; el metro es fácil; el lenguaje, como el asunto, sencillos. Pero no limitemos nuestros clásicos. Los poetas modernos, incluso los contemporáneos, nos darán también obras que los pequeños aprenderán con gusto.

Lectura y escritura.

Es un problema en las escuelas españolas de párvulos la enseñanza de la lectura. En España, más aún que en otros países, desean los padres, ante todo, que sus hijos en la escuela aprendan en seguida á leer, escribir y contar. A la adquisición de estos instrumentos reducen toda la enseñanza. Acaso comprendan con un instinto profundo que todo lo demás, tal como hoy suele enseñarse en la escuela, sirve poco fuera de ella.

Para los párvulos el programa se reduce á la lectura y á «que estén recogidos», como dicen las madres. Cuando el niño pasa á la escuela elemental se insiste en la lectura, la escritura y las cuentas, y así que lee de corrido, escribe malamente y empieza á dividir, el padre cree que está terminada la educación de su hijo, aunque éste no pase de los nueve ó diez años.

Es natural que los padres de poca cultura piensen así; pero resulta incomprensible que una ley eficaz no venga á determinar en la realidad la edad de permanencia obligatoria en la escuela. La asistencia es hoy intermitente y arbitraria, pudiendo afirmarse que á los nueve años los hijos é hijas de familias pobres no vuelven á la escuela.

De esta inseguridad de la asistencia escolar nace para nosotros un problema. ¿Deben los párvulos aprender á leer? En principio, quizás no. Parece absurdo que aprenda á leer un niño que apenas habla. ¿A qué edad debería comenzar la enseñanza de la lectura? Creemos que hacia los siete años, siempre que haya la garantía de una asistencia continuada hasta los doce. Pero en nuestras escuelas no tenemos esa certeza. La cifra vergonzosa del analfabetismo español nos obliga á transigir, en cierto modo, estableciendo la enseñanza de lectura y escritura simultáneas en la última clase de la escuela de párvulos, cuyos alumnos tienen de seis á siete años. A esta edad el niño debe hablar con facilidad, habrá adquirido un número considerable de palabras, los defectos de

pronunciación estarán vencidos y será el momento oportuno para iniciarle en la lectura.

La solución que proponemos es la adoptada en Francia, donde, sin embargo, la asistencia escolar es efectivamente obligatoria. En Bélgica está prohibida la enseñanza de la lectura en los programas de los Jardines de niños.

Las maestras.

Para que el tipo de escuela descrito no caiga en una seca mecanización, es preciso, ante todo, que las maestras conserven la frescura de espíritu que sólo un trabajo moderado puede mantener. Por eso hay que insistir en lo relativo al número de alumnos; nunca debe haber más de treinta párvulos en cada grupo. En el de los más pequeños, veinte ó veinticinco únicamente. Una profesora francesa de Liceo, que se interesa mucho por la enseñanza froebeliana, me decía que el trabajo de una maestra de escuela maternal en Francia, dado el número de alumnos y el de horas reglamentarias, le parecía una cosa semejante á la esclavitud. Cuando pasen los años, la tarea de estas pobres mujeres espantará tanto como la de los más desgraciados obreros. No hay que decir de qué calidad será forzosamente el trabajo en estas condiciones. Por eso creemos necesaria una asistencia limitada en las clases, sobre todo, cuando los alumnos, por el medio en que viven, son muy difíciles de educar.

En una escuela graduada establecida en esta forma son, por lo tanto, necesarias: una directora, con obligación de trabajar con un grupo de niños durante dos ó tres horas; una profesora para cada grupo; una suplente para casos de enfermedad y una profesora de música. Además, para el cuidado de baños, cantina, etcétera, son necesarias dos ayas ó agregadas.
